

LECCIÓN I
EL PROBLEMA DE LA HISTORIA

1. Crisis actual de la Historia. — 2. Salvación de la Historia en lo absoluto. — 3. Biología y estabilidad. — 4. Nominalismo y realismo.

1. Crisis actual de la Historia

Hace algún tiempo, y en coyuntura análoga a la presente, quiero decir, la de empezar un curso en una universidad americana, nos atrevíamos a hacerlo bruscamente, dirigiendo *more socrático* al sorprendido auditorio una pregunta. «Vamos a ver —le dijimos—, ¿quieren darme ustedes enseguida el nombre de algún gran historiador contemporáneo?» Un cierto número de profesores presidía la sesión; entre ellos, algunas personalidades de la Facultad de Letras; más de una, seguramente, consagrada al estudio del pasado; no tenerlo en cuenta resultara tan injusto como impolítico. «Cuando yo digo un gran historiador —me apresuré, por consiguiente, a precisar—, no quiero solo referirme al mérito; hablo también del éxito; y hasta de la forma vulgar y grosera del éxito, la popularidad. Convendría aquí un nombre de historiador cuya gloria hubiera sobrepasado ampliamente, no ya las fronteras de un país, pero igualmente las de una especialidad, las del público de selección inclusive. Un nombre que representara, respecto de la historia, lo que el de Bergson respecto de la filosofía o el de Freud para la psiquiatría o el de Einstein para la física matemática. El nombre que, aquí como en París, en Buenos Aires como en Leningrado, en Nápoles como en Elsinor, conocen, a la vez, los sabios y los maestros de escuela, los literatos y las damas, los farmacéuticos y los artesanos, los deportistas y los mecánicos de taxi.» Y he aquí que, a juzgar por el silencio subsiguiente a mis palabras, ningún nombre se presentó, el día de autos, a la imaginación de mi auditorio, tomado a imprevistas.

Mas la experiencia que con ello se intentaba incluía una segunda parte. A continuación de la tácita respuesta, presentose nueva pregunta: «Y ahora, si gustan ustedes, el nombre de algún gran compositor de música...». ¡Oh, aquí la nómina iba a fluir, y hasta a proliferar! «¡Un momento! Conviene que, de nuevo, me explique. Con esta petición no apelo ahora a la memoria de ustedes, sino a su conciencia. Muy gloriosos apellidos, y esta vez populares, llegan a labios de ustedes; preveo estos apellidos, los espero. Me confesaré, si se quiere, en anticipo de halago por lo que toca a mi amor propio nacional, con adivinar que, entre ellos, no van a faltar los de algunos compatriotas míos»... Pero, confesémoslo, estos admirables artistas, maestros del arte actual, infinitamente inteligentes todos —demasiado inteligentes, cabe decir, en ocasiones—, tan lúcidos en la composición, tan elegantes en la técnica, tan originales o tan delicados, ¿cómo ponerlos en parangón, juzgándolos en bloque y conjunto, y desde el punto de vista grosero, si se quiere, pero inevitable, de su valor cuantitativo, de su envergadura y hasta —¿por qué no?— de su *número*, de la riqueza que representan para la humanidad, con aquella de que esta ha gozado en el siglo o en los dos siglos anteriores, en este lapso de tiempo en que se han encontrado reunidos todos los grandes genios de la música, dentro de una impresionante contemporaneidad? Desde la juventud de Juan Sebastián Bach hasta la muerte de Wagner, se asiste a una floración y cosecha de genialidad musical como jamás las ha conocido ningún arte, ni siquiera la pintura a la hora del Renacimiento. Se diría que, de pronto y a borbotones, el mundo suelta a la vez todas sus fuerzas de canción.

Hoy, sin embargo, diríamos que la canción se aleja de nosotros y hasta, por momentos, que se extingue. No es solo que los creadores sublimes se vuelven raros. Es que, a pesar de las grandes facilidades de difusión, y hasta de entrometimiento a través de la vida, otorgadas por la mecanización a la música —o, tal vez, en parte, en función de las mismas—, la atmósfera humana va enfriándose sensiblemente a su entorno. Es un hecho conocido que, a medida que el interés del público corriente aumenta a favor de las artes plásticas —nunca los cotidianos habían hablado de pintura, de escultura y hasta de arquitectura tanto como hoy—, a medida que se va extendiendo pedagógica y social-

mente el conocimiento de estas —ningún Zola de hoy es tan comentado en cafés y salones, incluso en universidades, como ciertos Cézanne de hoy—, va perdiendo tales beneficios el arte musical. La primacía de que el *arte del tiempo* ha disfrutado, en toda la extensión de una época, escoge hoy predilectamente, sin duda, las *artes del espacio*, que se revelan, por su naturaleza, más concordes con el plano general de nuestra sensibilidad, más ligadas a este conjunto que con el nombre de «nueva civilización visual» hemos bautizado nosotros mismos algún día. Y no puede menos de llamarnos la atención el íntimo enlace de este fenómeno colectivo con lo que acontece en otro dominio, en el dominio de la ciencia. También aquí la historia, *orden de saber relativo al tiempo*, ve reemplazada por otras su fortuna. A la hora actual parece, por ejemplo, que vuelven a existir grandes géometras, cultivadores de una ciencia que hubiera podido creerse extinguida desde el siglo xvii. ¿Dónde están, en cambio, los Mommsen, los Taine de hoy o, si se quiere —para volver al campo estricto de aquella nuestra súbita pregunta—, los popularísimos César Cantú? Su reputación respectiva, con la inevitable diferencia de matices, pertenecía entonces al fondo común que sirve de base al caudal intelectual del hombre leído. Hallábase la historia situada, cuando aquella sazón, en el centro mismo de lo que, en términos generales, cabe llamar «las *humanidades*», es decir, el tipo de conocimiento hacia el cual gravitan los demás, con tendencia a tomar su norma y su tipo. Como el de la música, ha sido el siglo xix el siglo de la Historia. Históricas eran entonces, no solo las ciencias de la sociedad, sino las ciencias de la vida, todas, más o menos, tocadas y teñidas de transformismo; no solo las ciencias normativas —la moral, por ejemplo, tendía a convertirse en una simple «ciencia de las costumbres»—, sino las disciplinas más abstractas, la matemática, por ejemplo, dentro de la cual la geometría ajustada a los *Elementos* de Euclides pasaba a encontrarse considerada como una pura manifestación contingente y, para decirlo todo, circunstancial, en el mundo infinito de las geometrías posibles.

Inevitable ha resultado, con la actual reacción, que la Historia se viese, dentro de lo que no soy el único en llamar «su crisis», no ya solo expulsada de esta su centralidad de ayer, sino atacada, y atacada en sus mismas bases. La concomitancia singular

—sobre la cual en algún momento hemos de insistir— entre las actitudes adoptadas ante los problemas historiográficos y las que se refieren a los problemas políticos, ha podido a muchas miradas disimular el radicalismo, teórico, que no pragmático, de varios de los ataques actualmente dirigidos contra la Historia. Más de un comentador del fenómeno ha creído ver simplemente puesta en tela de juicio la cuestión de la *utilidad de la Historia*, cuando se hablaba de su certeza, imaginando que, al discutir aquella, se discutía su ejemplaridad, el valor que sus lecciones podían tener para adaptadas al régimen de lo actual o al posible enderezamiento de lo futuro; ha parecido que, a la posición negativa, correspondía una desconsideración voluntaria por lo que podemos llamar «fuerzas de la tradición» y por la influencia del pasado. En realidad, los tiros tenían aquí más alcance. Dicho queda que, además de la cuestión de la utilidad, se agitaba la de la certeza; y, más que de la misma certeza de la Historia, se trataba de su posibilidad. ¿Es posible, en rigor, la objetividad en el conocimiento de lo que, si ha existido, no existe? Si es posible, ¿en qué condiciones?, ¿cómo? Y no se alude aquí ya al vicio innegable que las pasiones de los hombres, sus preferencias, sus deficiencias, los mil elementos de subjetivismo, en fin, introducirán siempre en tal orden de conocimiento. Se trata de que, en la misma noción de «hecho histórico», de «fenómeno histórico», parece necesario introducir siempre, en cierta dosis, lo arbitrario, lo convencional. Desde luego, la línea divisoria entre lo que es histórico y lo que no merece este nombre, la convención la traza a gusto. Bien conocida es, para no ir más lejos, la transformación que, desde la *Aufklärung*, sufrió la materia histórica, pasando, de comprender simplemente las hazañas de reyes y capitanes, a más amplias referencias a lo anónimo y colectivo. Lo anónimo y colectivo, antes de la *Aufklärung* no era historia; después de la *Aufklärung* sí. De igual modo, cabe decir que, únicamente desde el momento en que, bien cerca de nosotros, se ha dado estructura de principio teórico al precedente de Agustín Cochin acerca de la eficacia real de las que él llamaba «sociedades de pensamiento», este elemento secreto y subterráneo ha entrado a formar parte de la verdadera materia histórica. No cito ahora más que algunos ejemplos: podría multiplicarlos hasta lo infinito. Con ellos basta para convencerse de que esta materia, mientras es mantenida en

un nivel de relatividad, en el nivel de lo fenomenal y empírico, no puede alcanzar, en el mejor de los casos, sino aquel coeficiente de certidumbre que es propio, verbigracia, de las observaciones que el químico realiza sobre procesos desarrollados en un medio cuya composición desconoce: el coeficiente que podía, valga el caso, lograrse en las experiencias sobre generación espontánea realizadas antes de la minucia aséptica de Pasteur. No es extraño que, en vista de esto, los agresores de la Historia hayan levantado a veces la bandera de *lo humano contra lo histórico*. *El hombre contra la historia* se titula significativamente uno de los textos que, con catadura de panfleto y entre aires de fronda, se han publicado en Francia como testimonio de semejante hostilidad. En la misma Francia han producido escándalo algunas reflexiones que, si bien escritas por un poeta, reflejaban las conclusiones de una mente ejercitada en el proseguimiento de las reflexiones más eficaces. Han producido, entre otras, el escándalo estas palabras de Paul Valéry:

Mientras, en las ciencias de la naturaleza, las investigaciones multiplicadas desde hace tres siglos nos han rehecho una manera de ver y sustituido, a la visión y a la clasificación ingenuas de sus objetos, sistemas de nociones especialmente elaboradas, nos hemos quedado, en el orden histórico-político, en el estado de consideración pasiva y de observación desordenada.

Si el éxito de estas actitudes de nihilismo no significa, en el campo del conocimiento histórico, una verdadera crisis, ignoro qué necesitan, para reconocer esta, los distraídos.

2. *Salvación de la Historia en lo absoluto*

Ahora, tras de haber medido la gravedad de los problemas que un cambio tal impone a la cultura, importa, de todos modos, precaverse contra la tentación de exagerar sus consecuencias. Conviene recordar, por ventura, en presencia de dicha crisis, otras crisis que la conciencia humana ha sufrido en horas anteriores. El conflicto de que actualmente sufre la historia viene a evocar, con bastante literalidad, otro que, a fines del siglo pasado, atosi-

gó a los espíritus y que recibió, por parte de algunos, el nombre de «bancarrota de la Ciencia». Una especie de libelo —le doy este nombre, naturalmente, sin desconocer su elevación de miras— publicado por un crítico literario combativo y de gran audiencia, Ferdinand Brunetière, y que popularizó la significación del conflicto en los países latinos, llevaba ese título, cabalmente. Síntoma, por cierto, más alarmante que los de hoy; pues si, hoy, respecto de la Historia, se habla de «crisis», nadie habla de «bancarrota» todavía. Ya con anterioridad a dicha publicación, la de una novela, *Le Disciple*, de Paul Bourget, ilustraba en parábola el mismo conflicto. Su toque de atención, que la obra del crítico convirtió en toque a rebato, vino a sacudir, en pleno sueño optimista, a las conciencias que se habían adormecido la víspera al mecer de las apologías del «saber positivo» que la época entonaba a lo mejor de la fe científica. No tardaron en advertirse las señales de una especie de levantamiento general contra la ciencia, acusada por la desesperación humana de haber engañado a todos con promesas de felicidad inasequible, con ilusiones de progreso infinito. Todo esto se venía al suelo; el fondo del abismo se tocaba ya. Simultáneamente, la filosofía, por tanto tiempo humillada ante el consabido «saber positivo», reaccionaba y, encarándose con este, se atrevía a preguntar por los títulos de legitimidad de la ciencia, por sus garantías interiores de solidez. Una crítica implacable se puso a examinar, con tanto ardor como acritud, los fundamentos del conocimiento científico; su debilidad fue denunciada con una dureza hasta entonces desconocida. La crítica de las ciencias particulares en su detalle se organiza en este momento, recogiendo la semilla plantada por un Soloviev o un Cournot y, en general, por los pensadores del probabilismo y del indeterminismo. A la vez, la actitud pragmatista, resultado de toda una filosofía de valores, continúa el impulso de Nietzsche y, en ciertos medios, de Kierkegaard; se vuelve empirista radical en William James, se dice «humanista» en el inglés Schiller y en su escuela de Cambridge —«el Hombre contra la Ciencia», como hoy «el Hombre contra la Historia»—, regresa al espiritualismo, cuando Boutroux propaga «la contingencia de las leyes de la naturaleza», o cuando las primeras obras de Bergson denuncian el convencionalismo de la psicología materialista o paralelista. Un renuevo del espiritualismo da, por otra parte, signo y constela-

ción a todo ese «Fin-de-Siglo». Pensemos en la poesía simbolista; pensemos en la producción artística del tiempo. La actitud religiosa llevaba en todo ello su ventaja... Cabe decir, en suma, que, en aquellos momentos, el mundo occidental estuvo a punto de renegar sacrílegamente de la fidelidad a la concepción racional de las cosas, nervio de su propia tradición.

Y, sin embargo, en el mismo instante en que se declaraba en quiebra a la Ciencia, esta veía aparecer a quienes iban a ser sus salvadores. Veía aparecer, por ejemplo, a Henri Poincaré. «Pragmatista» se pudo llamar a Henri Poincaré, como se llamaba a William James: solo que lo que el pragmatismo del uno venía a arruinar, el pragmatismo del otro redimía. En forma aparentemente ligera, pero preñada de porvenir, una colección de ensayos como los contenidos en el breve volumen *El valor de la Ciencia* de Henri Poincaré venía a mostrar el camino de un renacimiento de confianza tras de la catástrofe. La Ciencia, enseñaba el autor, puede guardar su valor, su verdadero valor íntegramente, a condición de reconocer que, según el dicho shakespeariano, «hay más cosas en el cielo y en la tierra» que aquellas de que puede ella dar cuenta y razón; de resignarse a que la imagen y cifra de lo real, que da lo racional, ni comprenda la totalidad de aquel ni la traduzca a representación demasiado fiel. Que la ciencia renuncie a sustituir a la religión y a la filosofía: que, sin codicia de lo absoluto, se contente con su dominio de relatividad. Entre el sueño racionalista de los sabios de la *Aufklärung* y el agnosticismo en que los nuevos críticos de la ciencia iban ya complaciéndose demasiado, cabía una manera de compromiso. Para emplear una metáfora política, la monarquía de la razón debía consentir, a partir de ese instante, en perder el poder absoluto, para aceptar una manera de régimen constitucional. Conservaría así autoridad y eficacia sobre la vida, a condición de que tal autoridad no fuese ya única. Bajo tales reservas, el crédito de la Ciencia podía mantenerse y proseguirse el trabajo secular... A *El valor de la Ciencia* siguió *La Ciencia y la hipótesis*. Otros esfuerzos, *conservadores* también, produjéronse simultáneamente. Mientras los ensayos teóricos de Poincaré aparecían en Francia, intentábase en Alemania una «filosofía del *als ob*». La fenomenología, por un lado, las construcciones, más o menos fragmentarias, de Cassirer o de Meyerson, ayudan, con

ingeniosidades distintas, a esa especie de *salvamento de la Ciencia*, que naufragaba. De un haber que, en horas anteriores, habrá conocido la inflación, tratábase ahora de ver qué es lo que podía salvarse. Después de todo, lo que ha podido salvarse no es ni caudal demasiado mezquino ni demasiado débil instrumento.

No creo tampoco escaso de importancia lo que, una vez traspuesta la crisis, puede salvarse de la Historia. La reconciliación entre el Hombre y la Historia, en todo caso, nos aparece todavía posible, si llegan a establecerse nuevos métodos de investigación y de construcción históricas, distintos de aquellos cuyo exclusivo empleo ha provocado justamente la crisis. La manifestación de esta, ya lo he dicho, recuerda la de la anterior. Mas conviene ahora añadir que, aunque una coyuntura recuerde a la otra, el sentido íntimo se presenta en ellas precisamente con signo contrario. La ambición de absoluto, su ilusión de sustituir a la religión o a la filosofía, había comprometido ayer a la Ciencia. Lo que hoy compromete a la Historia es, al revés, su humildad, o, si se quiere, su *frivolidad* —dando a esta palabra un alcance justo—, su fácil contentamiento con lo relativo, fenomenal y contingente. El crítico de la Ciencia decía ayer, por ejemplo: «Tú, matemática, sal de tu engaño. Quieras, no quieras, dependes de la sensibilidad. Todavía está por darse una definición racional, analítica, del número uno... No se dará nunca». Hoy, el crítico de la Historia dirá más bien: «Tú, Prehistoria, te condenas al engaño, cuando inscribes el totemismo en los límites de una edad, en un cuadro dentro del tiempo; el totemismo es, en la humanidad, una disposición permanente. Lo interpretarás mal si lo consideras como propio de una *etapa* y no de un *estado*». O bien: «Tú, historia del arte, no haces aproximadamente más que divagar, cuando te encierras y pierdes en el laberinto de lo que llamas “precedentes”, de lo que llamas “influencias”. Una anécdota histórica no se explica por otra anécdota histórica. Se explican, las dos a la vez, como otras tantas manifestaciones que son de un elemento permanente, que actúa a través de todos los tiempos y de todas las épocas. Los portugueses no aprendieron el barroquismo en un viaje a Oriente, sino que lo tenían ya en su alma, quizá en función de su vecindad con un mar sin límites». Quiere decir que, si en la Ciencia y

en la Historia el mal ha sido contrario, hay que buscar, al uno y al otro, opuesta medicina. ¿Cómo podría dar el relativismo remedio para la Historia, que padece justamente de exceso de relatividad? Lo que conviene es, a la inversa, reducir, ya que no se puede eliminar, en la Historia, la tiranía de lo contingente. La gran prueba por intentar consistirá justamente en ver cómo le sienta, a título de reforma, la aspiración hacia lo absoluto. No en vano la acción corrosiva de la crítica ha puesto en relieve la imposibilidad de conocer los fenómenos del pasado a distancia y de dar cuenta de ellos, de modo que excluya el subjetivismo caprichoso. Si los límites fatales, que impone a la historia su carácter empírico, no pudiesen ser modificados, se vería esta condenada a no pasar del valor de «opinión», que, desde Platón, la filosofía atribuye a cuanto muda y cambia; valor muy lejano a la objetividad que puede alcanzarse en el conocimiento de lo esencial y permanente. Pero puede acontecer que el vivir colectivo humano no se componga únicamente de fenómenos. Puede ser que en el mismo, además de los *acontecimientos*, intervenga *otra cosa*.

¿Qué...? Empecemos el itinerario de nuestra rebusca sin salir del campo de lo empírico. Vecino, por su naturaleza descriptiva —o *narrativa*, que es lo mismo—, al orden de saber constituido por la historia, está el de ciertas ciencias naturales. No en vano, al conjunto constituido por la mineralogía, la botánica, la zoología se le llama, con una reveladora designación genérica, «historia natural». Como la historia humana, la historia natural parece dirigirse paladinamente a la captación de lo concreto. Pero este concreto que la historia natural quiere captar y capta, ¿es lo concreto del individuo? ¿Zoólogos y botánicos nos hablan por ventura del caballo de Alejandro o del ejemplar que ganó premio en la exposición de crisantemos de Londres, el año de gracia de 1914? No, sino de los caracteres específicos de la rosa y del caballo. De especies, de variedades, de géneros, de clases, de «tipos», en fin. Es decir, de algo que empieza a ser abstracto ya. De algo que no muere, o que, cuando eventualmente llega a extinguirse, es tras de un proceso de generaciones sucesivas, que sobrepasan, y mucho, el temporal contorno de cada existencia individual. Pues bien, esta manera de la historia natural ¿no sería adaptable a la historia humana? ¿No podrá esta igual-

mente, además de los acontecimientos singulares, además de las figuras únicas, conocer algo como «especies» o «tipos»; algo que no solo se pueda enumerar en el tiempo, sino fijar fuera del tiempo, mediante la definición de sus notas esenciales? Esto nos colocaría ya en el camino que, de la empiria, conduce a la racionalidad; de la intuición, a la especulación. Y claro es que la vida de Alejandro, o la de Carlomagno o la de Napoleón, se han producido una sola vez en el tiempo. Pero, si en vez de atender únicamente a la anécdota de los emperadores, tomásemos el imperio, en sí mismo, el imperio como idea, el imperio como realidad, o, si se quiere, como «idea-realidad»; si estudiásemos, en guisa de revelaciones o manifestaciones de la misma, sus apariciones sucesivas en los siglos; si advirtiésemos, detrás de todo ello, la permanencia, la constancia y, hasta cierto punto, la *eternidad* del imperio, su perennidad a través de las épocas y de los cambios, a través de los países y de las contingencias, ¿no obtendríamos un *substratum* al cual podríamos aplicar, puesto que se trata de una materia fija, principios fijos; principios cuya suma, sistemáticamente organizada, constituiría una verdadera ciencia, aspirando, como toda ciencia, a la estabilidad y a lo absoluto? Ciertamente, ello no podría realizarse sin emplear, y en amplia medida, un proceso de abstracción. Pero es que, sin un proceso de abstracción, ninguna otra ciencia puede, en realidad, constituirse. El número 2 y el número 12 no se encuentran en la naturaleza, que solo nos presenta objetos concretos y colecciones concretas de objetos concretos, un par de sillas o una docena de naranjas. Tampoco tropezaremos nunca con el «caballo-tipo» —con lo que Aristóteles llamaba la «caballidad»— ni con la «rosa-especie». Que la idea de «imperio» no se haya jamás producido en estado puro, independientemente de la existencia concreta de Alejandro o de Napoleón, de una ciudad como Roma o de un *country* como Inglaterra, nada significa en contra de su objetividad ni en contra de los principios que a ella puedan aplicarse o de las sistematizaciones a que estos principios alcancen. Y he aquí ya, por de pronto, una amplia perspectiva abierta ante las inquietudes teóricas del historiador. *La emancipación de la Historia respecto del tiempo*; las posibilidades, más o menos extensas, que puedan permitirle subir, de las regiones del empirismo a las regiones de lo absoluto, se inician aquí. Desde luego, aquí

encontramos, claramente, el remedio que permite a la Historia la superación de la actual crisis. Remedio urgente, como lo fue, en su día, aquel inverso, que permitió a la ciencia guardar sólidas, si no íntegras, su soberanía sobre la vida humana, su antigua dignidad. Si, en la ocasión presente, la Historia ha conocido la hostilidad de sus Brunetière, importa que conozca el socorro de sus Poincaré.